

# La muralla del primitivo Vitoria

por

RICARDO DE APRAIZ

*Vitoria viejo y turístico.*—Creemos no equivocarnos al afirmar que un noventa por ciento de esa enorme cantidad de turistas que ha pasado durante los últimos años por Vitoria, no ha hecho sino cruzar tres o cuatro de sus calles, fotografiar el lamentable monumento de la plaza de la Virgen Blanca, sentarse en algún café o en un restaurante, aprovisionarse de gasolina y marcharse rápidamente buscando esas ciudades españolas de grandes catedrales, suntuosos palacios renacimiento y detalles de un tipismo más o menos convencional. Vitoria no les interesaba en su prisa por adentrarse en el corazón de la península, y ciertamente que en aquélla no hallaran si sólo lo dicho buscaban; y, sin embargo, Alava y Vitoria deben retener a los viajeros que la atraviesan. A unos pasos de la carretera de Irún a Madrid, entre los kilómetros 29 y 30 (desde Vitoria), se encuentra ese magnífico ejemplar de arquitectura dolménica, llamado de Eguilaz; y a dos kilómetros también de la misma carretera general se halla la ciudad romana de Iruña, a la que se llega por un ramal de segundo orden, practicable para toda clase de coches, para admirar su cerco amurallado, sus puertas y todo un conjunto arqueológico muy completo en medio de un panorama que será bellísimo, tan pronto como las obras de excavación, que en la actualidad se realizan terminen, y desaparezca ese aspecto hostil que ofrecen los montones de tierras extraídas y escombros acumulados. En Vitoria no hay una catedral ni una Cartuja ni uñas Huelgas como en la vecina Burgos, pero en su viejo casco no falta ese carácter que a las ciudades medievales les daba una intensa vida gremial. Ciertamente que ya no hay cuchilleros en la Cuchillería, pero todavía quien quiera adquirir un par de botas o zapatos podrá hacerlo en la entrada de la Zapatería, y en la Herrería hallará la vieja fragua de Canuto, una estampa de Teniers o de Brouwer, que perdura en estos días de industrialización y maquinismo. Todavía en los comercios de estas calles el viajero curioso sabrá apreciar la disposición de la "boutique", la tienda establecida



Figura 1.—1. Plaza de la Constitución.—2. Plaza de Bilbao.—3. Puerta de Castilla.—4. Puerta de Arriaga o Bilbao.—5. Puerta de Francia.—6. Puerta del Rey o de Navarra.—7. Hospital Militar.—8. Hospicio.—9. Palacio de Montehermoso.—10. Cárcel.—11. Teatro.—12. Aduana.—13. Colegiata de Santa Maria.—14. Parroquia de San Vicente: en ella se halla el Telégrafo.—15. Parroquia de San Miguel.—16. Parroquia de San Pedro.—17. Convento de monjas de Santa Brigida.—18. Convento de Santa Cruz.—19. Convento de Santa Clara (Cuarteles).—20. Casa de Provincia.—21. Juego de Pelota.—22. Campo de las Brigidas.—NOTA: Las líneas de puntos indican el trazado del recinto construido en la última guerra y demolido después.

en el zaguán de la casa, por donde se da paso a la escalera, aunque estos comercios se hayan disfrazado un poco a la moderna; y hallará tantísimas cosas que no hemos de exponer aquí como en una guía sintética y abreviada de la ciudad que Víctor Hugo comparó con Nuremberg, Vitré y Nordhalsen (1).

No es ya sólo que este Vitoria lo desconozcan los turistas que van de paso, sino que hay quien vive meses y años en ella y le es igualmente ignorado. Más extraño es aún haber nacido allí, haber vivido cincuenta años mirándolo con verdadero amor y encontrarse un día con que ha descubierto algo que le era casi enteramente insospechado, el murallón que cercaba la Nova Victoria "quae antea vocabatur

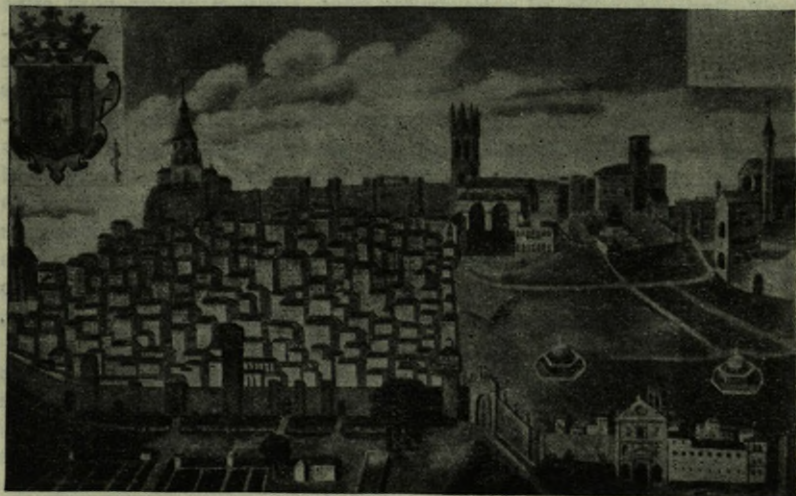


Fig. 2.

Gasteiz", como se dice en el fuero otorgado a la ciudad en 1181 por el rey Sancho VI el Sabio de Navarra.

Estamos seguros de que algunas de las fotografías que acompañan a este trabajo no serán reconocidas como de su pueblo por muchos vitorianos y habrá también que, conociendo una parte de este mura-

(1) Con objeto de no interrumpir la idea que pretende desenvolver este trabajo con referencias bibliográficas, citas que respalden las opiniones emitidas y digresiones demasiado extensas, hemos decidido, para poder hacerlo con más libertad, dar todas estas cosas al final y a manera de apéndice. (Nota del autor).

llón, no creerá que el detalle pertenece a todo un sistema que muy completo y en bastante buen estado de conservación ha llegado hasta nosotros.

Antes de pasar adelante quisiera sincerarme con los lectores. He dudado al titular este trabajo. Llamarlo "prospección" hubiera sido un tanto pedantesco; se trata de un simple reportaje gráfico al que añadiré algunas sugerencias insistiendo siempre en que en ellas nos movemos en el terreno de lo hipotético y de la conjetura.

*La muralla en planos y vistas panorámicas; referencias literarias.*—No podemos justificar nuestra ignorancia, durante tantos años, de la existencia de la muralla alegando que su estudio y descripción carece de antecedentes. En un recuadro del mapa de Alava de la colección Coello (tan socorrido, al cabo de los años, como el Madoz para estas cuestiones), hallamos un plano de Vitoria (fig. 1). Este mapa se publicó en 1848, y en varias ocasiones ha sido reproducido sin hacerse notar que en él la vieja muralla de Vitoria aparece perfectamente dibujada con sus torres o cubos, cercando las tres calles que constituyeron el primitivo Vitoria, en lo alto de la colina sobre la que ésta se asienta. Habrá que pensar que se hallaba por entonces reciente el recuerdo de la primera guerra civil en la que la muralla había jugado un importante papel, o al menos así lo creyeron los vitorianos de aquellos días, que esperaban refugiarse dentro de su recinto en caso de un ataque enemigo. Decimos esto porque en planos anteriores, uno de 1836, y posteriores, no se cuidó de dibujar estas fortificaciones, probablemente porque no fueron reconocidas como tales.

Otro documento gráfico en el que se aprecian los dos recintos amurallados de Vitoria es una vista panorámica de la misma. También ha sido reproducido varias veces, y, según creemos, la primera noticia acerca del mismo la dió don Ladislao Velasco (2). Cuenta este ilustre erudito vitoriano cómo "D. Betino Casas, excelente ciudadano de Vitoria, hombre observador, estudioso y activo descubrió un antiquísimo y destrozado tapiz en el que se veía representada a Vitoria. Con grande esmero y fidelidad copió el tapiz en un cuadro de grandes dimensiones, en tinta china, que regaló a la ciudad, y por los años 1854, a su instancia, el Ayuntamiento mandó que se copiara en un tamaño igual, al óleo, y se conservara en las Casas Consistoriales".

Serdan (3) habla también de esta vista de Vitoria y la reproduce en fotograbado. Añade que del cuadro existen algunas copias "muy pocas—no creemos que lleguen a cuarto—en aristocráticos salones de vitorianos de abolengo". La copia que aquí se reproduce es la perteneciente al Ayuntamiento, y actualmente se halla en depósito en la Caja de Ahorros de la ciudad. En la parte inferior tiene un amplio rótulo en el que se ratifica lo que ya sabemos del cuadro por los dos

autores citados, precisándose que la copia a tinta china se hizo por don Benito Casas en 1838 y su ampliación al óleo en 1862.

El valor, tanto artístico como documental, de esta vista panorámica es relativo, y tampoco podemos saber nada concreto acerca de la fidelidad con que fué copiado el original, que ha desaparecido, y del que cabe la duda de si fué tapiz, como afirma Velasco, o un lienzo, como se dice por otros autores. Las casas de la ciudad, iluminadas por el sol poniente, muestran todas sus medianerías, como si no se hallaran alineadas en calles, sino independientes unas de otras, lo que habrá que atribuir a inhabilidad del artista, ya que no es admisible la hipótesis de casas aisladas. Con todo el documento resulta valioso y puede dar una fecha al original perdido, ya que en primer término aparece—y no creemos que se trate de una intromisión del copista—el actual convento de San Antonio, de lo que deduce razonadamente Velasco que el tapiz es posterior a 1627 (4).

De este tapiz o lienzo lo que más interesa a nuestro asunto es que en la vista panorámica de Vitoria aparece, en la parte alta, con toda clase de detalles, la muralla primitiva, que en buena perspectiva queda oculta por las casas de la Correría, aunque cabe pensar que las actuales casas de esta calle, construidas con posterioridad al siglo XVII, han venido a reemplazar a las que anteriormente había, que menos elevadas consentían ver la muralla con sus torres desde las afueras de la población.

Existe un testimonio literario de la época que induce a dar por buena esta última hipótesis. Nos referimos al libro que de su viaje por España hizo la Condesa de Aulnoy en 1679 (5), quien refiriéndose a Vitoria dice: “la ciudad está rodeada de dos cerros de murallas, unas viejas y otras nuevas, aparte de las cuales no hay ninguna otra fortaleza”. Es decir, la Condesa de Aulnoy vió la muralla interna porque por entonces estaba bien visible y en ese caso no fué tan arbitrario y convencional el pintor que la dibujó en la vista panorámica de que más arriba nos ocupamos.

Diremos ahora algo acerca de la muralla exterior, que también aparece dibujada con cuidado en la panorámica. Este segundo cerco deja extramuros el convento de San Antonio, sigue la línea de la Herrería, sirviéndole de foso el río Zapardiel, que en la actualidad, embocinado, es el colector de la ciudad. El resto no aparece en el cuadro que examinamos. Se ve, sí, una puerta que cierra el espacio entre el convento de San Antonio y el comienzo de la Herrería, pero no debía ser esta puerta muy segura como elemento defensivo cuando las entradas de las tres calles de la Plaza Vieja (hoy de la Virgen Blanca) estaban guardadas por otras tantas puertas, derribadas en el siglo pasado. La defensa de la parte sur de Vitoria debía estar

encomendada a lo escarpado del terreno y a la fortaleza de los muros de las iglesias de San Miguel y San Vicente. Naturalmente, el cuadro no nos aporta nada respecto a las defensas que cubrían el lado este de la ciudad (6).

De todas estas defensas poco ha quedado. Por desaparecer todo hasta han sido cambiados los nombres de Cercas Altas y Cercas Bajas, dados a dos calles y que recordaban el sitio por donde corrían los viejos muros. Una guía extranjera muy conocida, al hablar de Vitoria y de esta parte de la ciudad, dice que se aprecian restos de la muralla. Estos restos eran para nosotros irrecognoscibles hasta que, al abrirse el acceso a las Cercas Altas del colegio-convento del Niño Jesús, aparecieron claramente.

Nunca Vitoria se tuvo por bien cercada. En el plano de Coello antes citado, y que, como se ha dicho, se levantó cuando todavía estaba reciente el recuerdo de la primera guerra civil, se señalan hornabeques, baluartes y baterías con los que sin duda se trataba de suplir la falta de verdaderas defensas.

Cuanto queda dicho en los párrafos anteriores acerca de la muralla exterior se justifica en este lugar para evitar las confusiones que pudiera ocasionar al lector la existencia de dos murallas completamente distintas y para aclarar las palabras de la Condesa de Aulnoy.

*Estado actual de la muralla interna.*—En muchas poblaciones las murallas eran un obstáculo para el desarrollo de su ensanche y se derribaron. En otros casos quedaron pronto desbordadas por el crecimiento de la ciudad y más tarde aprisionadas dentro de sus calles. La ciudad hubo de ser ceñida por sucesivos cinturones defensivos y cuando en tiempos modernos se ha procedido a su derribo, el espacio libre resultante ha venido a proporcionar un éxito a los urbanistas, que han sabido aprovecharlo para *boulevards* y calles circulares de ronda. En el caso de Moscú, por ejemplo.

Vitoria, que desbarató bien pronto su muralla exterior, ha conservado enquistada y casi intacta la interior, en parte porque se sirvió de ella como cimientos de nuevas construcciones y en parte porque constituía el "arx" de la ciudad que afortunadamente, que nosotros sepamos, no ha sido utilizado nunca.

Este recinto fué muy bien descrito por don Ladislao Velasco (7), y seguramente desde entonces apenas ha sufrido detrimento ni modificación alguna.

En el plano de Coello (fig. 1) se aprecia claramente una gruesa línea que circunda varias calles del centro de la ciudad vieja; en esta línea se marcan los cubos o torres que refuerzan la muralla y desde donde los del interior hostilizaban el flanco de los atacantes.

Si fijamos nuestra vista al norte de la iglesia de San Miguel, veremos que la línea que representa la muralla se dobla allí, y tomando la dirección Sur-Norte, paralela a las casas de la Correría, llega hasta la vieja Colegiata (hoy catedral), donde los muros de esta iglesia, que se hallan del lado del Evangelio, forman parte del sistema defensivo, siguiendo la tradición de tantos templos españoles. Los ábsides están igualmente englobados en el recinto, reapareciendo la línea de la muralla, que se dirige al Sur, paralela a la Cuchillería, cerrándose el cerco en los paredones de San Vicente. Es decir, el cerco no queda enteramente cerrado, ya que hay algunos metros, entre San Vicente y San Miguel, en que todo vestigio de la muralla desaparece. Era este terreno áspero y el muro se derribaría seguramente al solucionarse el problema urbanístico que representaba el desnivel, tan pronunciado en esta parte, con las obras de los Arquillos del gran arquitecto Olaguibel. Es de suponer que el muro desaparecido siguiese la línea del actual parque de bomberos.

El recinto encierra la parte más alta de Vitoria; de Norte a Sur mide 360 metros y de Este o Oeste unos 150. La disposición de sus calles es la tan frecuente en las ciudades medievales: una calle central (la llamada de Santa María) y dos curvas (la de las Escuelas y del Seminario, hoy dedicada al obispo Zacarías Martínez), uniéndose las tres en sus extremos, todo lo cual se aprecia bien en el plano que acompaña (fig. 1).

Podemos contar en el plano el número de cubos o torres que en él aparecen dibujados y veremos que son dieciséis. Respecto a puertas es difícil hacer conjeturas. Los vanos de la muralla que se señalan en el plano parecen corresponder a los "cantones" o estrechos callejones (su ensanche es obra del siglo pasado y de los primeros años del presente) que unían transversalmente las seis calles que, siguiendo virtualmente las curvas de nivel del cerro, fueron ciñendo, durante los siglos XIV y XV el primitivo recinto hasta formar un interesante conjunto urbanístico medieval, como dice Lampérez (8). Es decir, esos vanos de la muralla que se señalan en el plano de Coello debieron abrirse, con posterioridad a la construcción de ésta, para establecer el paso entre el primitivo recinto y las nuevas calles que durante los dos siglos citados se iban levantando extramuros.

Tratemos ahora de identificar los cubos que aparecen en el plano con las fotos que de los mismos acompañan a este trabajo. Comenzaremos por el que se encuentra al Norte de la iglesia de San Miguel. Para llegar hasta él tendremos que atravesar una dependencia de la misma situada a los pies y del lado del evangelio, dependencia que sirve de almacén o trastero. Se sale al exterior y se tropieza con un gran muro hecho para contener las tierras, necesario en este punto

a causa del gran desnivel. Escalado este muro se llega a una pequeña terraza donde hallaremos el cubo que nos ocupa (figs. 3 y 4). Mide 4,20 metros de ancho y sobresale del resto del muro 2,50 metros. En la parte baja el aparejo es distinto que el del recrecido del muro, hecho, al parecer, en época posterior, todo lo cual, así como unas estrechas aspilleras, puede apreciarse en nuestras fotos, obtenidas desde dos puntos distintos.

La muralla, que sigue la dirección Este-Oeste en el lugar en que nos hallamos, al llegar al cubo siguiente (fig. 5), se dobla hacia el Norte, siguiendo, como se ha dicho, dirección paralela a la Carrocería. Sobre este cubo se ha construido una dependencia del edificio que en la actualidad se destina a Escuela del Magisterio, y otro tanto ocurre con el cubo existente unos metros más al Norte (figura 6), que hace el número tres de los



Fig. 3.—Vitoria. La muralla antigua Cubo N.º 1.

que venimos examinando.

Para seguir el recorrido de la muralla deberemos situarnos en el cantón de la Soledad, frente al palacio que fué de Montehermoso, hoy residencia del obispo de la diócesis (9).

Al llevarse a cabo el ensanche del cantón y construirse la escalinata que allí se encuentra, fué destruída en una buena parte la muralla que en este lugar, por lo que puede apreciarse en el plano de Coello, tuvo una torre grande y tal vez una puerta. Desde la escalinata puede verse un buen trozo de muralla, tal como aparece en nuestra foto (fig. 7), con el cubo de



Fig. 4.—Vitoria. La muralla antigua Cubo N. 1. Huerto del campanero de San Miguel.

que anteriormente hemos hablado y con la moderna torre de San Miguel al fondo.

Siguiendo nuestro recorrido veremos otros dos cubos. El Seminario de Aguirre aprovechó la muralla para la pared de "arrimar" del frontón de pelota. Este edificio, en que estuvo el viejo seminario,



es obra construída en el siglo XVI, y en el XVIII albergó a la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. Damos tres fotografías (figuras 8, 9 y 10) en las que puede verse cómo se utilizó la muralla para asentar esta edificación.

Otro cubo (y con este son seis los identificados) se encuentra junto al cantón de Anorbin (fig. 11) y tiene la particularidad de que en sus hiladas bajas el aparejo es un "opus spicatum" del que luego se dará más amplia referencia.

Dos cubos más, muy claramente señalados en el plano, se reconocen hoy difícilmente, lo mismo que el resto del muro, embutidos como se encuentran dentro del moderno edificio que fué seminario (el que se llamó nuevo hasta que se edificó el del camino de Ali), y se destina ahora a cuartel de la Policía Armada y a viviendas.



Fig 6.

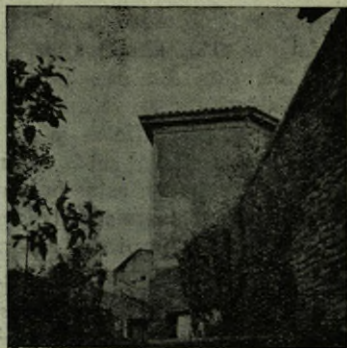


Fig. 5—Vitoria. La muralla antigua.  
Cubo N.º 2.

Resto de la muralla primitiva, aunque modificado al construirse la catedral, es una torre octógona (figura 12) adherida al extremo izquierdo del brazo del crucero de esta iglesia (10). Otro resto también pegado al mismo templo sirve hoy para dar acceso al coro de la parroquia de Santa María por medio de una escalera construída en su interior. Tiene también aspilleras que dan a la bella placita situada delante de la catedral (fig. 13). Son, por lo tanto, diez los cubos reconocidos hasta ahora.

La muralla se dirige desde este punto hacia el Sur, paralela a la Cuchillería. De lo señalado en el plano

que utilizamos no todo puede ser identificado y mucho ha desaparecido. El cubo que haría el número 11 debió ser derribado al ensancharse el cantón de San Marcos. Entre este último cantón y el de Santa Ana se encuentra en muy buen estado el cubo número 12, y pertenece a la huerta de la casa número 81 de la calle Cuchille-

ría (fig. 14). El siguiente, el 13, desaparecía al reformarse el cantón de Santa Ana, ensanche más lamentable por haber destruido la fachada Norte del Palacio de Bendaña (11).

Del trozo de muralla comprendido entre los cantones de Santa Ana y San Francisco, los vestigios se identifican con más dificultad. Se aprovechó el muro para edificar varias casas propiedad del Ayuntamiento (12), situadas en la calle de las Escuelas. En esta parte el muro sirve para que en él apoyen su parte trasera estos edificios y de fondo a las huertas de la acera izquierda de la Cuchillería. En estas huertas se han construido tejavanas y otras cosas por el estilo que impiden reconocer los dos cubos (números 14 y 15) marcados en el Coello.

Finalmente, el trozo de murallón comprendido entre el cantón de San Francisco y la iglesia de San Vicente sirve de límite entre las huertas traseras de las calles de las Escuelas y Cuchillería. En nuestras fotos se ve, en una, el muro desde el lado interno del recinto (huerta de don Luis Madinabeitia) y en la otra, se aprecia el grueso de la muralla, no obstante la vegetación que ha crecido sobre él, y al fondo la iglesia de San Vicente,



Fig. 7.



Fig. 8.

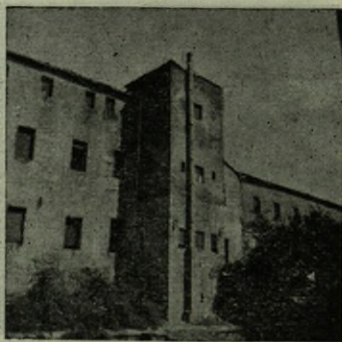


Fig. 9.—Vitoria. Antigua muralla. Cubo n.º 5

donde se cierra el cerco (figuras 15 y 16).

*Sobre la antigüedad del viejo cerco.*—Podemos dar a este antiguo murallón una fecha *ante quem*. Es decir, una fecha de la que se puede

asegurar que la muralla es anterior. Don Ladislao Velasco, con buen criterio siempre (13), la da como del siglo XIII. Para confirmar este aserto nada o muy poco nos ha quedado anterior a finales de ese siglo, no sólo fuera sino dentro del recinto. Es cierto que en el fuero de 1181 se habla de la iglesia de San Miguel (14), donde los vecinos debían dar y tomar juramento, mas como la actual fábrica, de la iglesia que lleva



Fig. 10.—Vitoria. La muralla antigua.

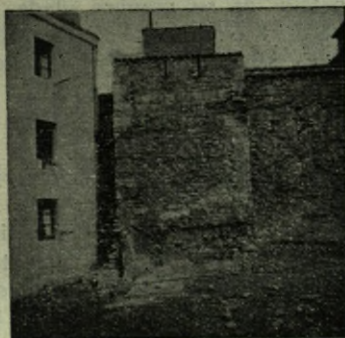


Fig. 11.

del cerco primitivo. Sin embargo, estos restos de enterramiento pudieran tomarse como prueba de que existió en San Vicente una construcción anterior a la que hoy vemos.

La antigua Colegiata, hoy Catedral, es del siglo XIV en su mayor parte. Siempre se ha venido señalando un trozo de muro como el



Fig. 12.

ese nombre es de los siglos XIV al XVI y además se halla fuera del recinto, hay que pensar en una iglesia posiblemente románica, de la que no ha quedado la menor muestra. La actual iglesia de San Vicente, que está dentro del cerco primitivo, es gótica del XV, y consta que tuvo carácter de fortaleza. En este templo, del lado del Evangelio y junto al altar mayor, existe una inscripción en caracteres góticos donde se habla de un enterramiento perteneciente a un clérigo fallecido en 1349, fecha anterior a la fábrica actual pero muy posterior al momento en que debió comenzar a construirse extramuros

más antiguo de Vitoria (véanse las notas 7 y 10), y recientemente se ha publicado un trabajo, del que después se hablará, en el que se señalan restos de una construcción muy anterior, empleados como relleno en uno de los contrafuertes.



Fig. 13.

Si no tenemos nada dentro del recinto que con seguridad sea anterior al final del siglo XIII, lo que sí nos consta es que en el siguiente la muralla había sido desbordada y se construía extramuros. La iglesia de San Pedro es del XIV; más aún, la desaparecida parroquia de San Ildefonso fué fundada por Alfonso X el Sabio, y por lo tanto del siglo XIII; una y otra necesitaban acogerse a una nueva muralla al quedar fuera de la primera. Esta, la primitiva, fué sin duda la que resistió el asedio de Alfonso VIII de Castilla en 1199, hasta que el rey navarro Sancho VII el Fuerte, que por entonces se hallaba en tierra de moros,

autorizó a los vitorianos, que le permanecían fieles, a que se rindieran al monarca castellano ante la imposibilidad de proporcionarles ayuda alguna. Después Vitoria no ha sido escenario de grandes hechos de armas. El más notable, el de la batalla de su nombre, dada al retirarse de España las tropas napoleónicas en 1813, se desarrolló en el campo y la ciudad fué abandonada sin resistencia y sin que sufriera detrimento. Durante las guerras civiles del siglo XIX, el ataque de Zumalacarrégui, el 16 de marzo de 1834, apenas si llegó a acercarse a la ciudad por unas horas.

Mas resulta notable que los vitorianos a través de los tiempos parecían tener confianza en este viejo murallón (15) que apenas encerraba... ¿una tercera parte de la ciudad? En el Campillo veían el alcázar dispuesto a la resistencia, y así, desconfiando de las débiles murallas exteriores, durante las aludidas guerras civiles, construían un puente de madera en la actual calle de Moraza, desde uno de los balcones de la Casa Consistorial a los Arquillos, con la esperanza de refugiarse en la parte alta de la ciudad en caso de que el enemigo invadiese la baja.

En definitiva, la vieja muralla vitoriana no puede ser posterior al siglo XIII, puesto que para entonces había importantes construcciones fuera de su recinto; esto no obstante, ha sido objeto de cuidado incluso hasta en el siglo XIX, el recrecido de sus muros y los distintos aparejos empleados en ellos confirman estas ideas.

*Sobre un posible estrato romano o visigodo.*—Entramos ahora en el ya anunciado terreno resbaladizo de la hipótesis y de la conjetura.

Hemos dado a la muralla una fecha *ante quem*, nos falta asignarle una *post quem*, es decir, interesa saber a cuándo son posteriores las más antiguas piedras de sus cimientos.

No estamos ciertamente en los días de nuestros abuelos, cuando don Ramón Ortiz de Zárate (16) reñía eruditas batallas sosteniendo la independencia de los vascongados de romanos y visigodos. En general existe todavía una decidida oposición a reconocer la presencia de estos últimos en el país vasco y es el propio Landazuri, tan sereno en sus juicios y tan objetivo siempre, quien acumula argumentos en defensa de esta tesis y que sirve para sostenerla en nuestros días (17).

Mas es lo cierto que en modernas publicaciones se vuelve a hablar de Vitoriaco, o Victoriaco, como ciudad fundada por Leovigildo en 581, después—dicen—de una afortunada campaña contra los vascones, ciudad que en las publicaciones aludidas se identifica con Vitoria (18).

Y no es menos verdad que el Padre Villada coloca un monasterio llamado Sancti Victoris en las inmediaciones de la misma ciudad.

Habrà por lo tanto que pensar en someter a una total o parcial revisión viejos prejuicios y buscar en los vestigios arqueológicos lo que no se halla en documentos escritos, y así llenar esa laguna que en nuestra historia regional se presenta en los oscuros siglos de la alta edad media y en los últimos de la antigua. Esta preocupación de hallar vestigios visigodos, templos y necrópolis, ya la tuvo hace muchos años el P. Vallado, quien ante el resultado negativo de sus investigaciones, llegó a la conclusión de que tales templos en Alava fueron destruidos por las invasiones agarenas.



Fig. 15.—La muralla antigua de Vitoria. Huerta del Sr. Madinabeitia (D. Lui).

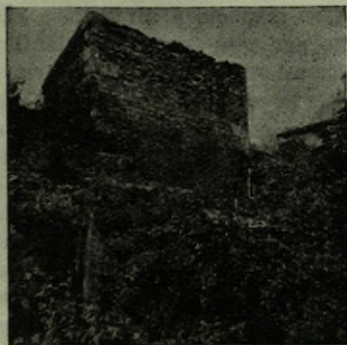


Fig. 14.—La muralla antigua de Vitoria. Cubo N.º 12. Tomada desde la huerta del N.º 81 de la Cuchillería.

Los que durante cuatro campañas anuales permanecemos varias semanas en el yacimiento arqueológico romano de Iruña, miramos con curiosidad la huella que en las tierras de labor dejó lo que creemos fué un camino que saliendo de la puerta noroeste de la ciudad romana se dirigía derechamente al cerro sobre el que se construyó el más viejo Vitoria. Este camino no sirve a ningún determinado pueblo sino a Iruña y no sigue tampoco la dirección que tradicionalmente se viene suponiendo a la vía romana que atraviesa la Llanada alavesa dejando a un lado su capital. Todo esto hace sospechar que los romanos ni desaprovecharon la altura sobre que se asienta Vitoria, y establecieron en ella cuando menos una posición de carácter militar para la defensa del camino. Ciertamente que en Vitoria mismo no se ha hallado nunca un pequeño

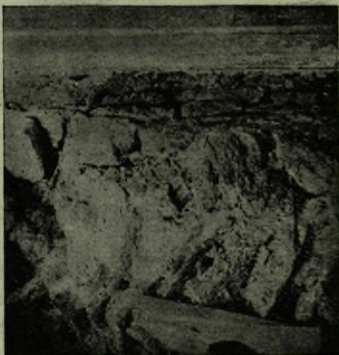


Fig. 17

trozo de piedra, una fragmentaria inscripción que apoye la hipótesis de un estrato romano. Pero si consideramos que tampoco nos ha llegado vestigio alguno de la iglesia ¿románica? de San Miguel, citada en el fuero de 1181, razón nos sobraré para pensar que en su afán de renovarse Vitoria destruyó todos estos restos del pasado, y nos quedará la esperanza de que un día, por cualquier circunstancia, ponga en nuestras manos la prueba irrefutable de lo que ahora no es sino una simple suposición.



Fig. 16.—Vitoria. La muralla antigua. Huerta del Sr. Madinabeitia.

Con respecto a un Vitoria visigodo podemos esgrimir idénticos razonamientos. Porque en Armenia no haya quedado una sola piedra que no diste de la época en que vivió San Prudencio, tantos siglos como los transcurridos desde que se edificó la iglesia románica a nuestros días, no por eso hemos de dudar de la existencia de un importante foco cristiano en nuestra tierra en pleno período visigodo y tiempos del santo alavés, y habrá que pensar en que las construcciones de aquella época fueron

derruidas, si bien nos ha llegado una importante epigrafía romana armentense, esto es, restos de una época muy anterior.

Hasta ahora nada se había hallado en Vitoria que atestigüese la presencia de los visigodos, pero incluso ese nombre de "Nova Victoria", que figura en las primeras líneas del pergamino que contiene nuestro fuero, induce a pensar si al mudársele el nombre de Gazteiz no se trató de aprovechar el de un Victoria (el Vitoriaco visigodo) próximo o el de ese monasterio de Sancti Victoris de que antes se ha hecho mención.

El sentido común nos proporciona un argumento mucho menos endeble; el del valor estratégico de una altura que domina toda la Llanada alavesa, lugar de paso obligado en todos los tiempos, y que no pudo menos de ser ocupado por todos los que pretendieron dominar el país. Allí deben aparecer, en estratos distintos, las huellas de los diferentes pueblos que en él se asentaron.

Sólo una excavación metódica podría confirmar esta hipótesis de buen sentido. Entre el actual nivel de las calles Correría y Cuchillería y el que hoy existe al pie de la muralla, hay en algunas partes varios metros de diferencia. Bastará decir que a ciertas huertas de la segunda de las dos citadas calles, se entra desde el segundo piso, quedando las plantas inferiores por debajo del nivel de dicha huerta. Este se ha conseguido con relleno de tierras, traídas de acá y de allá, y con materiales de acarreo procedentes tal vez de antiguas construcciones derruidas. Quedan por lo tanto bajo el nivel actual algunos metros de muro que sería interesante examinar. Una excavación en estas condiciones es difícil y costosa y no se debe fomentar tampoco la que pudieran hacer por su cuenta particulares y buscadores de tesoros que no han de aparecer. Más difícil todavía sería buscar estratos más antiguos en los cimientos de San Miguel, San Vicente, Santa María y Villa Suso, como en otras partes se ha hecho con éxito.

Por ahora tendremos que conformarnos con bastante menos, lo que nos dé la atención cuidadosa de gentes interesadas en estos problemas y lo que nos depare la casualidad.

Recientemente el arcediano de la catedral vitoriana, don Julián Cantera, ha hecho una interesante observación que ha expuesto en

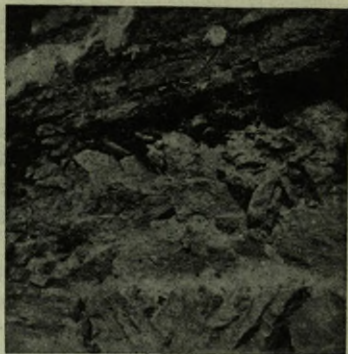


Fig. 18.—Vitoria. La muralla antigua, Opus spicatum, desde la parte trasera del antiguo matadero.

letras de molde. Se trata de una piedra incrustada en uno de los contrafuertes del frente norte de la catedral. Esa piedra parece un resto de alguna construcción anterior, aprovechada como material de relleno al levantarse la nueva obra en el siglo XIV. La piedra está tallada con decoración geométrica de círculos con florones inscritos y otros motivos semejantes. Por su forma pudo pertenecer a un friso, una imposta, pudo ser una faja decorada como las de la iglesia visigoda de Quintanilla de las Viñas. Verdad es que no figura en esta piedra ningún crismón ni veremos esas líneas serpeantes con piñas o racimos que la fecharían en forma precisa y determinante, pero pensamos que las insinuaciones del señor Cantera, hechas con las naturales reservas, de que pudiera ser resto de una construcción visigoda, no carecen de fundamento y son muy dignas de tenerse en cuenta.

A falta de una excavación científica deberemos vigilar todos los movimientos de tierras que se hagan en determinados lugares como lo hizo en sus días ese ilustre vitoriano, don Ladislao Velasco, tantas veces citado en este trabajo (19).

Don Luis Madinabeitia, propietario de una casa y una huerta a espaldas de la iglesia de San Vicente, ha ido guardando con cuidado digno del mayor elogio, muchas monedas aparecidas en su finca. Hemos podido examinar rápidamente la colección, que merece un estudio más detenido. Desgraciadamente junto a monedas aparecidas en este lugar de su propiedad hay otras que ha adquirido según se las han ido ofreciendo, si bien él cree distinguir unas de otras. Esta circunstancia pone en tela de juicio cualquier consecuencia que pretendiéramos deducir.

Entre las monedas que el señor Madinabeitia dice haber hallado en su propiedad, están las que citamos a continuación:

Una moneda ibérica: en el anverso cabeza de Hércules con tres delfines, en el reverso caballo sin jinete a la derecha, debajo en caracteres ibéricos se lee *Iltirda* (Lérida), ceca 28 de Vives. Tres denarios de la república y dos imperiales. Un gran bronce de *¿Tito?*, ceca de Caesar Augusta. Treinta y dos monedas de cobre o bellón medievales y algunas modernas.

Al propio señor Mendieta y a mi buen amigo, el arquitecto Ramón Azpiazu, debo la atención de haberme requerido para ver un descubrimiento casual hecho al realizarse unas obras en la propiedad del primero de ambos señores. Esta propiedad tiene uno de sus accesos por el cantón de San Francisco Javier, entre las calles Cuchillería y de las Escuelas, de forma que participa de los niveles de ambas calles entre las que corre la muralla. Al realizarse un derribo por necesidades de la finca, el señor Mendieta descubrió algunas hiladas



de la muralla que se hallan muy por debajo del nivel existente en la actualidad al pie de ésta. Hombre experto en asuntos de la construcción, el señor Madinabeitia, comprendió en seguida que se trataba de un aparejo nada corriente lo que corroboró el culto arquitecto.

Se trata, a nuestro parecer, de un *opus spicatum*, es decir, un aparejo en el que las piedras se colocan respecto a un eje en forma análoga a las espinas de pescado. Estas piedras se hallan recibidas en un hormigón "sui generis" (fig. 17), muy característico de lo romano tardío y tal vez de algunos monumentos visigodos, según me manifestó en consulta verbal que hice a mi excelente amigo Antonio García Bellido, Catedrático de Arqueología en la Universidad Central. Conste aquí en honor de la verdad que la opinión del señor Bellido fué dada con las naturales reservas y sin más elementos de juicio que mis explicaciones.

Este aparejo en *opus spicatum* no aparece visible en la muralla que nos ocupa más que en este sitio, que se halla bajo el nivel actual y en unas hiladas, las más bajas, del cubo que antes hemos descrito situado junto al cantón de Anorbin (figs. 11 y 18).

Hay pues motivos suficientes para sospechar la existencia de estratos más antiguos por debajo de la parte visible de la muralla del Vitoria fundado por el rey navarro a fines del siglo XII. Habrá que buscarlos o cuando menos, como ya se ha dicho en otra parte, vigilar atentamente aquellos alrededores por si hallazgos casuales, debidos a otros móviles que los de la pura investigación arqueológica, nos dan esa luz tan deseada sobre los oscuros siglos de la historia de nuestro pueblo.

*Palabras de gratitud.*—Para obtener algunas de las fotografías aquí publicadas, hemos tenido que producir muchas molestias a los vecinos de las calles que tantas veces hemos nombrado en este trabajo. Ha sido necesario que entráramos en domicilios particulares, pedir ayudas, etc. En todas partes se nos han abierto las puertas amablemente, por lo que debe constar aquí nuestra gratitud al campanero de San Miguel, al conserje de la Escuela de Magisterio, a don Luis Madinabeitia, Ramón Azpiazu, a don Félix Hernández de Arroyabe, señor Ladrón de Guevara y tantos otros de quienes sentimos no conocer sus nombres. Es siempre satisfactorio, al obtener esta colaboración desinteresada, comprobar que nos mueve un común cariño por las cosas de nuestro pueblo.

Vitoria-Soria, 1953.

## NOTAS

(1) Aunque muy conocido no por eso hemos de dejar de copiar aquí el párrafo de Víctor Hugo en que se cita a Vitoria. Dice así en «Nuestra Señora de París». Libro III, capítulo II, al hacer una descripción del París del siglo xv a vista de pájaro:

«era un bello cuadro el que se desarrollaba a la vez por todas partes ante vuestros ojos; un espectáculo *sui generis*, del cual pueden formarse idea aquellos de nuestros lectores que han tenido la suerte de ver una ciudad gótica entera, completa, homogénea, como algunas que quedan: Nuremberg en Baviera; Vitoria en España; o siquiera pequeñas muestras, con tal que estén bien conservadas; Vitre en Bretaña; Nordhausen en Prusia».

(2) Ladislao Velasco. «Memorias del Vitoria de antaño». Vitoria 1889. Está fecha es la que aparece en la cubierta porque en la portada interior, en el pie de imprenta, se da la de 1886 y por lo que se deduce del texto éste fue publicado en crónicas periodísticas en el año anterior.

(3) Eulogio Serdán. «Libro de la Ciudad».

(4) Don Eugenio de Llaguno y Amirola, ilustre alavés autor del libro «Noticia de los Arquitectos y de la Arquitectura en España». Madrid, 1829, dice acerca del convento de San Antonio de Vitoria:

«Con Juan Vélez de la Huerta y con su hijo Pedro, montañeses del lugar de Galicano en la merindad de Transmiera y vecinos de Valladolid, se ajustó la obra de la iglesia de los Padres Franciscanos de Vitoria el año 1611, obligándose a darla por concluida en 1617. Está construida con inteligencia y sencillez, y es muy graciosa la portada, pues consta de dos columnas dóricas con estatuas en los nichos. Costó más de dos mil ducados».

Hemos copiado íntegro este párrafo que aparece en el tomo III, folio 150 de este clásico libro, porque todos los detalles de la portada de la iglesia en cuestión, pueden apreciarse en la vista panorámica de Vitoria a que se refiere esta nota. Habrá que advertir, para quien no lo sepa, que el actual convento de monjes de San Antonio fué efectivamente construido para los Padres Franciscanos descalzos.

Esta noticia del «Llaguno» pudo ser tomada de la «Guía de forasteros en Vitoria por lo respectivo a las tres bellas artes de Pintura, Escultura y Arquitectura con otras tres noticias curiosas que nacen de ellas». Esta Guía es un folleto de 32 páginas impreso en 1765 según el «Catálogo de la Exposición de libros vascos. Vitoria 1935».

Acerca del autor de la Guía han escrito mi hermano Angel de Apraiz y mi buen amigo Justo Gárate. El primero la creó de don Lorenzo Prestamero, erudito de aquellos tiempos a quien alude Jovellanos en sus «Diarios» en una de las ocasiones en que visita Vitoria. Contra esta atribución de la Guía a Prestamero objeta Gárate que en ella se habla de París, siendo notorio que aquel no había salido nunca de su pueblo.

(5) Aulnoy, Comtesse d': Mémoires de la cour d'Espagne... París, 1890, 2 vol., en 12.º. La Cour et la ville de Madrid vers la fin du XVII siècle. Relation du voyage d'Espagne. París 1874. Existe también una traducción en español en edición moderna.

Marie Catherine le Jumel de Berneville, Condesa d'Aulnoy hizo un viaje por España en 1679. Más conocida que por el libro en que cuenta sus im-

presiones de nuestro país, lo es por sus famosos cuentos de hadas y duendes que se han venido reproduciendo en todos los idiomas. La envidiable fama que le han dado estas narraciones es causa de que se pongán en tela de juicio muchas de las cosas que cuenta de su paso por España y que se haya dudado hasta de que visitase nunca esta nación. Nada tienen de fantásticas las cosas que cuenta de Vitoria ya que a nadie puede extrañarle que visitando esta ciudad en el mes de enero la viera cubierta por una gran nevada y que los elementos jóvenes de la población organizaran con este motivo un simulacro de combate con bolas de nieve en el que participaban más de doscientos, peleando vigorosamente, espectáculo que entretiene mucho a la Condesa. Algo menos fácil de creer es que el público se arrodillase en el teatro cuando al representar la vida de San Antorio éste reza varias veces un *confiteor*.

Por cierto que en la edición española (Ediciones «La Nave»), al pasar junto al castillo de Guevara transcribe «Quevado» (pág. 30), error material que no sabemos si aparece en otras ediciones, ya que en la página 314 y aludiendo a lo que se ha dicho anteriormente, se rectifica la errata.

(6) Don Ladislao Velasco en la obra citada, capítulo III, pág. 15, describe así la muralla exterior:

«Subía la muralla hasta alcanzar por detrás de San Miguel la antigua y primitiva que mencionamos en el capítulo primero, y sin variación en el espacio que mediaba desde San Miguel hasta la fortaleza o castillo de San Vicente, se prolongaba luego según las crónicas y relaciones: pues en el tapiz y cuadro sólo aparece de escorzo y tapado por otras construcciones posteriores, cerrando la entrada de las calles de la Cuchillería, Pintorería y Calle Nueva...». En otro párrafo se sigue diciendo: «En el espacio que mediaba desde San Miguel hasta San Vicente se hallaba situada la única puerta o comunicación exterior que tuviera Villa-Suso, y se llamaba portal de San Bartolomé, próximamente, donde la escalinata sube de las Escobachas al Campillo, corriendo siempre la muralla por encima, lo que denota un paso inferior o gran poterna».

(7) He aquí la descripción que hace Velasco de la muralla interior:

Comprende el primitivo recinto de esta verdadera fortaleza o plaza de armas, tan sólo lo que llamamos el Campillo o Villa-Suso, rodeado de sólido muro cuyos vestigios se conservan aún. Lo limitaba al Norte un fuerte, situado a espaldas, y apoyado en la Iglesia de Santa María, habiendo llegado hasta nuestros días uno de los torreones que señalo a mis convecinos como el más antiguo monumento, el más respetable vestigio del primitivo Vitoria. Me refiero el torreón octógono situado tras la Catedral, que es lo único que queda de la antigua fortaleza a que pertenecía.

Con el reboque o lúcido que se diera al habilitar la Iglesia para Catedral, su sello especial y vetusto, cubierta su construcción con la misma tinta que la Iglesia, de la que antes se distinguía grandemente.

Corría la muralla y baluartes cifiendo esa colina al Poniente, por detrás de las casas de la acera derecha de la Correría hasta alcanzar la Iglesia de San Miguel, y por su espalda o trasera subía hasta otra fortaleza situada donde hoy la Iglesia de San Vicente al Sur y era la principal, donde moraba el Alcalde o jefe militar que debía tener siempre la cualidad o condición de vecino de Vitoria. Seguía el muro a espaldas de las casas de la acera izquierda de la Cuchillería al Este de cuyas huertas y patios se ven aun restos de estos muros que he tenido como Alcalde de Vitoria el triste deber de reconocerlos para volver a fortificar el Campillo cual en su fundación, aprovechando parte de aquellas defensas después de los 692 años transcurridos.

Tal era Vitoria en los primeros años de su fundación, más que pueblo una verdadera fortaleza o castillo.

Al hablar Velasco de los 692 años transcurridos se refiere al año 1873, el de la segunda guerra civil, en el que efectivamente había transcurrido ese espacio de tiempo a contar de 1181, fecha de la fundación de Vitoria.

En el mismo libro de Velasco, más adelante, página 294, se dan más detalles acerca de la improvisación de aquellas defensas para resistir un posible ataque carlista. Cuenta cómo las autoridades militares se habían establecido en el Campillo por lo que los vecinos procedieron a levantar fortines a expensas del Ayuntamiento que se encontró arruinado con las 200.000 pesetas de gastos que con este motivo se originaron.

(8) Vicente Lamperez y Roméa. Arquitectura Civil Española. Tomo II, páginas 22 y 23. Dice Lamperez: «Casos hay en que la aglomeración de viviendas se hace alrededor del castillo en zonas concéntricas: Vitoria es uno interesantísimo».

En esto diferiré Lamperez y diferimos nosotros de lo que se dice en una reciente y voluminosa publicación sobre Vitoria en la que se supone que en los tiempos de la Edad Media a que nos referimos, se construía en Vitoria con el mayor desorden y sin ninguna de esas cualidades urbanísticas por las que los Vitorianos de hoy nos sentimos tan orgullosos de nuestros antepasados.

(9) También sabemos por Velasco que en 1865 fué derribado el llamado Arco de la Soledad.

(10) Acerca de lo que Velasco cree el muro más antiguo de Vitoria, véase lo que se copia en nuestro nota núm. 7.

(11) Tenemos entendido con la piedra de sillería resultante del derribo de la fachada Norte del Palacio de Bendaña, se construyeron las dos de la casa núm. 20 de la calle de la Estación (hoy de Dato). Quede aquí este dato curioso que no sabemos figure en letras de molde.

(12) Los edificios municipales a que nos referimos son la vieja Escuela de Artes y Oficios (hoy Conservatorio de Música), una dependencia del Retén de la Guardia Municipal y las Escuelas Municipales del Campillo.

(13) El buen criterio que generalmente muestra en cuestiones de arte y arqueología don Ladislao Velasco es tanto más de estimar siendo de una época en que estas cosas no estaban tan al alcance de todo el mundo como ahora lo están gracias a los medios que nos proporciona el adelanto de las artes gráficas.

Este buen criterio lleva a Velasco a la hipótesis, evidente hoy, de que las actuales fábricas de Santa María y San Miguel son posteriores a la muralla del siglo XIII, cuando dice en la página 16 de la obra citada: «pues las iglesias de Santa María y San Miguel debieron reedificarse con posterioridad, si bien conservando la misma advocación: su fábrica, su arquitectura y grandiosidad no corresponden a la importancia de Gasteiz en que estaban ya situadas».

En cambio no parece estar el señor Velasco muy seguro de la época en que se construyeron los palacios de Bendaña y el que llama del Seminario de Aguirre, obras ambas del siglo XVI y que cita nuestro autor al hablar del «segundo período de Vitoria» en los siglos XIII y XIV.

(14) Transcribimos aquí las líneas 32 y 33 del pergamino original del fuero de Vitoria en las que se cita la iglesia de San Miguel:

«Vecinus vester, vel extraneus qui Sacramentum debuerit dare, vel recipere, non luret in alio loco nisi in Ecclesia Sancti Michaelis, que est ad portam ville vestre».

(15) Respecto a la confianza que los vitorianos tenían en su viejo mu-

rallón en tiempos modernos, reléase lo que se dice en nuestra nota 7 del reconocimíento que de aquella hizo el Alcalde en los días de la segunda guerra civil.

La existencia de un puente de madera entre el Ayuntamiento y los Arquillos que conocíamos por tradición familiar, nos la confirma el actual secretario del Ayuntamiento, don Manuel Sáez de Quejana quien asegura que todavía se notan en aquel sitio huellas de tal construcción.

(16) Ramón Ortiz de Zárate. «Jamás los romanos conquistaron completamente a los vascos y nunca estos bélicos pueblos formaron parte del Imperio de los Césares.

Id. «Situación general de las provincias vascongadas durante la monarquía goda». Euskal Erria, 1906, LIV.

(17) Landázuri. «Historia de la Ciudad de Vitoria». El ilustre historiador de Alava y Vitoria refuta la fundación de esta ciudad por Suintila sobre las ruinas de Bética, como se afirma en el «Chronicón» atribuido a Luitprando, considerado apócrifo ya por entonces, cosa que Landázuri advierte apoyándose en Henao. «De la misma calidad —sigue diciendo— es lo que proponen otros modernos atribuyendo al Rey Godo Leovegildo la fundación de Vitoria. El fundamento de esta persuasión se reduce a la expresión que hace San Juan de Valclara en el décimo tercio año del reinado de Leuvigildo de haber edificado este a la Ciudad llamada *Vitoriaco*, persuadiéndose por la alusión del nombre a que fuese Vitoria, sin otro fundamento alguno. Los de esta opinión estuvieron persuadidos a que el nombre de Vitoria le tuvo esta ciudad en el reinado de los Godos, así como le tiene actualmente, porque ignoraron que el Rey de Navarra Don Sancho el Sabio la dió este nombre en el año 1181, como se dirá».

(18) Dice don Antonio Ballesteros en su conocida «Historia de España» de la Editorial Salvat, páginas 861 y 862 del tomo 1.: «Terminó la campaña con la rendición de Egesa (¿Egea de los Caballeros) y la fundación de *Vitoriaco*, la actual Vitoria».

La «Historia de España» de la Editorial Espasa-Calpe, dirigida por el Dr. don Pericot, tomo II, pág. 26, se afirma: «En previsión de futuras sublevaciones y conmemoración del feliz resultado, fundó la ciudad de *Vitoriaco* (Vitoria), como posible avanzada en la Vasconia.

La «Historia de España» de la Editorial Espasa-Calpe, dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, tomo III, página 104, dice: «en el año 581, cuando después de realizar una afortunada campaña contra los vascones, funda la ciudad de *Vitoriaco* (Vitoria)».

(19) Es el mismo insigne y benemérito vitoriano don Ladislao Velasco quien nos da una lección de esa vigilancia que solicitamos de todo movimiento de tierras que se haga en el Campillo. Nos cuenta en su libro cómo «en 1864 al practicarse las excavaciones necesarias para la construcción de la Escuela Normal de Maestros, y en 1865 al derribarse el Arco llamado de la Sociedad en el Campillo aparecieron gran cantidad de tierras y escombros quemados que revelan un grande y violento incendio, recogiendo entre ellos una notable alabarda o achá, armas de hierro, una grande espuela y otros informes objetos...».

Más adelante añade cómo en 1883, al excavar el emplazamiento del depósito de aguas en la plazuela de Montehermoso, advirtió la posible aparición de restos semejantes y así fué. Los hallazgos los cree Velasco medievales, aunque no lo afirma categóricamente en ninguna parte, sin que después este juicio haya sido sometido a revisión. De las monedas halladas dice que son «de cobre de diversas épocas. Las más notables son dos de Fernando I de

Nápoles de los años 1468-1494 y otras muy posteriores, casi hasta de nuestros días, todas pequeñas y en mal estado.

Debemos suponer que en Vitoria en 1883 había gentes (las había positivamente) para quienes no hubieran pasado inadvertidas monedas ibéricas, romanas o visigodas en el caso de haber aparecido.

